

SOL DE MEDIODÍA

Carlos Martínez Assad*

Tiempo detenido

La luz de la ciudad de Oaxaca cuando se refleja en la cantera verde de sus construcciones y en los adoquines de las calles deslumbra al visitante, como sucedió a San Pablo al contemplar el resplandor de Damasco. Quizás por eso abundan los zaguanes, y los patios invitan al visitante a guarecerse bajo la sombra de las plantas que crecen en los patios de estilo andaluz.

Visitar la Antigua Antequera es cumplir con un rito de peregrinaje del cual han dejado constancia viajeros consumados como Charles Brasseur que en su viaje en 1859 creyó a la ciudad impenetrable por los rayos del sol debido a los macizos de las copas de los árboles, y David H. Lawrence, quien en 1923 vio salir el brillante sol entre los resquicios de las nubes. En el intervalo de un siglo, dos viajeros fueron deslumbrados por las maravillas que circunstancialmente contemplaron en Oaxaca.

Allí el tiempo se detuvo para que ningún relato previo perdiera su don de la ubicación, algo que sólo permiten los lugares donde la memoria ha prevalecido para conjurar la destrucción. Por eso Ross Parmenter pudo, medio siglo después, reconstruir el itinerario del viajero Lawrence, por eso todavía ahora se puede encontrar alojamiento en el Hotel Francia que lo albergó, comprar vajillas en la Alfarería Jiménez y caminar al lado del acueducto que llevó el agua desde San Felipe a los habitantes de Oaxaca y que todavía durante el gobierno del presidente Porfirio Díaz fue rehabilitado para ampliar su función.

Nadie ha escapado a esa fascinación tan natural como la que aportan las manos creadoras de los oaxaqueños, porque ahí donde la luz resplandece también brilla la producción más diversa desde los vestigios prehispánicos, sus iglesias coloniales hasta los artefactos indispensables a la vida cotidiana. La imaginación actuó para permitir que las manos morenas y trabajadas de los indios realizaran los prodigios expuestos que perviven para satisfacer todo tipo de curiosidad. Esas manos de piel gruesa han dejado huella y, para fortuna nuestra, siguen creando de manera infatigable. Por eso la vista se recrea con las cobijas, sarapes y jorongos de mariposas o peces amarillos, rojos y azules



Archivo Municipal de Oaxaca

que flotan sobre los lienzos de lana blanca, gris o negra; con el guerrero cazando un venado de tonos café mientras el sol anaranjado, sobre un fondo violeta, contempla la escena; o con el águila devorando una serpiente en una evocación nacionalista de verde, blanco y rojo en un marco formado por complicados sistemas de grecas.

Caminar por Oaxaca es estar dispuesto al asombro de contemplar los retablos dorados de sus templos iluminados por el sol que se abre camino entre sus ventanales. Santo Domingo es la joya de la ciudad, con su alegoría de los seguidores del fundador de la orden multiplicándose por los caminos para difundir el evangelio, tal como se muestra en la fachada y en el sotocoro al cual se adhiere un árbol dorado de la genealogía de la orden enraizado en el corazón de Félix Guzmán y de la enramada surgen hojas, flores y sus frutos son los frailes dominicos, hasta rematar con la Virgen del Rosario. En la bóveda del coro se alinean los fundadores y destacados personajes de la orden, entre los que sobresale Francisco de Burgoa —a quien se debe el proyecto—, que giran en torno al Espíritu Santo que

* Historiador y sociólogo. Miembro del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM

desde la parte más alta los cubre y bendice rodeado de una escolta de serafines. Con el sol estalla el color del oro en la bóveda de cañón con estucados barroquísimos y medallones de imágenes y pasajes de la Virgen María y de los santos de la Iglesia. El altar mayor resplandece con su filigrana dorada y desde allí señorea el Santo fundador. Mientras por los andadores del atrio conventual los rumores de los rezos parecen persistir al paso del tiempo.

El resplandor de Santo Domingo contrasta con la melancolía evocadora de la Iglesia de la Virgen de la Soledad con su frontispicio a manera de biombo desplegado. A la antigua ermita de San Sebastián llegó una recua de mulas que, una versión cuenta, procedía de la Capitanía General de Guatemala, llevaba un cofre tan pesado que le fue imposible continuar su camino hacia la capital de la Nueva España. Cuando se encontró en su interior un Cristo resucitado y una cabeza y unas manos con una inscripción: "Nuestra Señora de la Soledad al pie de la cruz", se interpretó como el deseo de la Virgen de permanecer en Oaxaca. Desde entonces ese recinto se consideró de su advocación y ya vestida con su manto negro bordado con hilos de oro y coronada con joyas preciosas, se convirtió en la patrona del fervor de los creyentes.

Su atrio sombreado por grandes laureles de la India prepara para la expiación a la cual ayuda la variedad de exvotos, velas, medallas, veladoras, rosarios, imágenes de santos, escapularios que mezclan la esperanza y la religiosidad con la invocación de una vida mejor. La de La Soledad es la virgen más triste que, apenas, se rebela contra el dolor apretándose las manos contra el corazón traspasado por una daga. El día y la noche encuentran en ambos templos su alegoría que es la misma de Oaxaca, un pueblo que sonríe y se entristece llegada la ocasión.

Caminos y montañas

Desde la capital de Oaxaca hacia los cuatro puntos cardinales pueden elegirse diferentes caminos, aunque situado en el valle se tenga la sensación de no poder escalar las brumosas montañas, verdes de ocotes y pinos, y cerros con pliegues como lagarto, como los veía Lawrence: "Elevaré mis ojos a las montañas de donde procede mi fortaleza". O como diría Francisco de Ajofrín en su lejano viaje en 1763: "En esta provincia de Oaxaca parece que Dios puso

todos los cerros y montañas que sobraron después que formó el mundo...".

Llegar al antiguo convento dominico dedicado a Santiago apóstol en Cuilapan, el santo precedido por su fama de "matamoros" que luchó al lado de los conquistadores desde que avistaron la desembocadura del río que llamaron Grijalva, es respirar el aire tibio del pasado que se detiene sobre las columnas y arcadas sin terminar, como si estuviesen dispuestas para sostener el cielo. Y en ese paraje la historia civil recrea la fantasía mantenida durante mucho tiempo de ser el sitio de la sepultura de Doña Marina. Un sobrio monumento gris integrado con el paisaje recuerda el fusilamiento de Vicente Guerrero.

Y entonces se va escribiendo la larga lista de los prohombres locales y los que trascendieron el terruño. Desde Benito Juárez (el creador del Estado moderno), pasando por Porfirio Díaz (su continuador que se convirtió en dictador) ligado al nombre de Juana Cata (confidente y cercana amiga), José Vasconcelos (el reformador de la educación) y los hermanos Ricardo y Enrique Flores Magón (incansables periodistas y precursores de la Revolución); nombres evocadores de la historia, de muchas historias que las calles por las que se transita nos recuerdan para enfatizar la fuerza de lo civil.

Manuel García Vigil (constitucionalista de la primera hora, gobernador sacrificado durante la rebelión delahuertista), Félix Díaz (su mayor mérito fue ser "sobrino de su tío"), Onofre Jiménez (participó en el Batallón Sierra Juárez, soberanista y controvertido gobernador), Guillermo Meixueiro (el líder del movimiento soberanista en la Sierra Juárez), Isaac Ibarra (activo soberanista que con el Plan de la Sierra desconoció el régimen de Bolaños), José Inés Dávila (estableció el gobierno soberanista en Tlaxiaco y apoyó el felicismo), Heliodoro Díaz Quintas (oposicionista, acusado de apoyar la rebelión ixtepecana, fue director del Instituto de Ciencias y Artes), Emilio Pimentel (ilustrado se creyó científico y, como gobernador, sorteó la coyuntura de la salida de Díaz), Miguel Bolaños Cacho (gobernador maderista y paradójicamente huertista), Benito Juárez Maza (gobernador que no escapó al peso de su legado familiar), José "Ché" Gómez (juchiteco, diputado rebelde y cabeza de la rebelión de 1911 que concluyó con su asesinato),

Eulogio Gillow (obispo de Oaxaca y frustrado primer cardenal mexicano por su amistad con Díaz), Constantino Chapitel (luchó contra Huerta y acompañó a Carranza en la rebelión de Agua Prieta) y un largo etcétera.

La vida transcurre en sus mercados donde se exhiben los productos más diversos; por eso en el estado ha sobrevivido lo que se llamó sistema solar porque todo gira en torno a una estructura que celebra el orden cósmico. Desde la ciudad a las otras ciudades en las que destacó Tlaxiaco y se mantiene Tlacolula. Filas de puestos que muestran vestidos de manta blanca con bordados que reproducen la flora y la fauna míticas de inusitado colorido. Huipiles y quexquémitls que en sus bordados cuentan una y mil historias. Rebozos de lana o deshilados en variados tonos azulados, extensa gama del verde, rosa y amarillo. Exposición de huaraches con diversos diseños y gruesas correas de piel cruda, según la región de procedencia. El aroma de las carnes en tiras de cecina, cuerdas de longaniza, o el de los quesos y quesillos o la variedad de dulces es una tentación irresistible para propios y extraños. Y hasta los moles son de colores: rojo, negro, verde y amarillo, que la gente acompaña con esas enormes tortillas llamadas tlayudas. En los puestos de jarcería destaca la cestería rica en formas, tejidos y trenzados que dan lugar a los utensilios más diversos para los mil usos en las tareas domésticas, y todo aquello que se requiere para el trabajo de campo: cuerdas, malacates y costales.

Y de nuevo, entre los puestos de techos de tela, apuntan al cielo las torres de esos sus templos de campanas convocantes al rito, como en la Iglesia de la Asunción con sus columnas jónicas y nichos a los lados para resguardo de la virgen que aún siéndolo fue despojada de su corona por manos aprovechadas de lo ajeno. Pero, sin duda, lo más impresionante es la capilla del Señor de Tlacolula con sus retablos dorados en los transeptos, con pinturas y esculturas de santos degollados en recuerdo de la gloria y del castigo; y espejos profusamente distribuidos en la estrategia del colonizador español para hacer asimilar al indio la idea de que el Dios de los cristianos podía traslaparse con Tezcatlipoca o señor de los espejos.

En Tlacoahuaya emerge su templo entre la tierra blanca de los valles, rodeado por sus tres capillas posas, y por el

silencio alejado del barullo de otros poblados. En el interior de ese antiguo convento de San Jerónimo las imágenes y pinturas españolas compiten con el trazo de las flores, ángeles y serafines de chillantes verdes y rojos que adornan todos los muros, incluidas las partes de su barroquísimo órgano decorado hasta en sus más íntimos rincones seguramente por las manos de los indios. Sus arcos floridos enmarcan los barrocos altares dorados y en el conjunto armonizan en los ábsides las ingenuas pinturas de los cuatro evangelistas: San Juan, San Lucas, San Mateo y San Marcos.

Antes de llegar a Mitla, se ofrece el espectáculo del gigantesco ahuehuetetl, mejor conocido como el árbol de Santa María del Tule, al que un rayo hirió desde el corazón hasta abajo, contó Joseph de Acosta alrededor de 1586. Su inmensidad hace suponer que puede devorar la pequeña iglesia que se yergue a su lado. El árbol que ha resistido el tiempo y las penas de los numerosos viajeros, Cassiano Conzatti, entre otros, que se han acogido a su sombra para refugiarse del ofuscado calor del mediodía cuando los rayos del sol resultan fulminantes. Al astro sol apenas lo desafían los puntiagudos agaves productores de mezcal que abundan en esa región, para dar a México uno de sus licores fuertes y más afamados.

El exilio del mundo

Los vestigios de Mitla o Mictlán, la casa de los que ya no son, "donde cruje el viento negro de los cuchillos de obsidiana", se perciben a la distancia. La perfección de su trazo se sustenta en el manejo de la línea y de los ángulos produciendo un fuerte impacto a la vista. Impresiona saber que casi trescientas mil piedras esculpidas se suman para lograr ese inigualable conjunto. Mitla estaba poblada a la llegada de los españoles, quienes convivieron, quizás sin saberlo, con sus arquitectos y constructores. Los *binigulaza* o "...primeros zapotecos que se dispersaron después de una danza a vivir en el exilio dentro de una cueva a esperar que pasara el extranjero, que cesara la destrucción del mundo," cuenta Andrés Henestrosa. Como metáfora del mestizaje algunas de las piedras labradas del sitio original se confunden con los materiales utilizados en la construcción de la iglesia de San Pablo durante el siglo xvi.

Subir a Monte Albán es una experiencia única, es ascender un escalón hacia el cielo. Uno de los ombligos del

mundo dice Sara Sefchovich y Henestrosa relata que "Ambas ciudades celebraban tanto la vida como la muerte. Eran las dos grandes puertas de la eternidad". La antigua ciudad zapoteca se encuentra a dos mil metros sobre el nivel del mar y su pasado se remonta al año 700 antes de Cristo. Esa cultura junto con la mixteca, dice el autor de *Los hombres que dispersó la danza*, que Oaxaca también "...fue poblada por mijes, triquis, chontales, chatinos, amuzgos, mazatecos, huaves, zoques, chochos, chinantecos y cuicatecos". Monte Albán es la muestra del desarrollo de esa cultura, una ciudad que llegó a contar con veinticinco mil habitantes. Aún ahora su gran patio ceremonial impresiona por su amplitud. El templo mayor con sus columnas testimonia un pasado seguramente grandioso. Las numerosas tumbas en los alrededores dieron fama al sitio. En la 104 se encuentra el llamado dios del moño y un guía explica: "conservaba agua en una vasija al momento del descubrimiento, pero al abrirse se evaporó." Pero lo fuerte viene con la tumba número 7 cuyo descubridor oficial fue el antropólogo Alfonso Caso, aunque en realidad —dice el guía—: "Don Pedrito Villaseñor fue el descubridor junto con los que trabajaron. Era el tiempo por el que el general Cárdenas vino al estado y subió hasta acá para ver la tumba".

Zaachila es otro sitio arqueológico cercano. Con su usual estrategia, los españoles construyeron, precisamente al lado, la iglesia de la Virgen de Juquila rodeada de patios y de escalinatas. En uno de los promontorios destaca una tumba decorada con grecas y caracolas y en su antecámara con nichos, se pueden ver unos murciélagos en estuco. El ambiente es fúnebre y el sol no logra llevar sus rayos hasta allí. Al salir, como hecho a propósito, un desfile mortuario con una banda de música al frente y un pequeño ataúd, probablemente de una muerte niña, es llevado en hombros por personas con rostros dolientes. Las mujeres portan ramos de flores y caminan lenta, muy lentamente hacia el camposanto como retrasando el tiempo para desprenderse del ser querido.

Las flores que te adornan

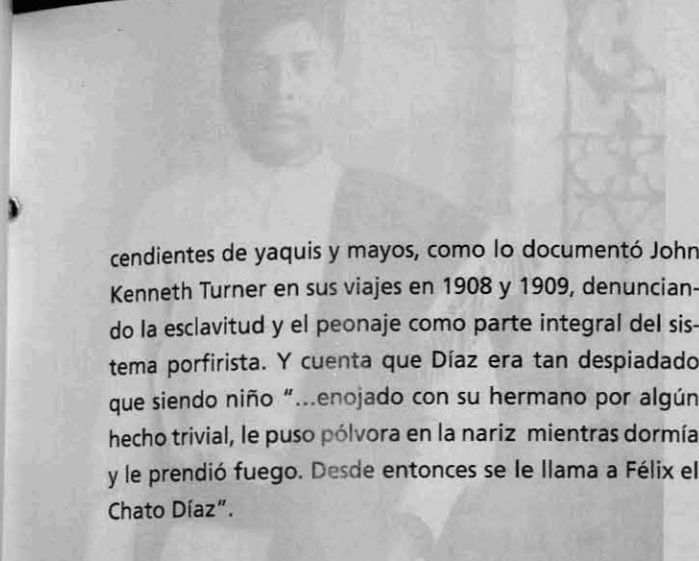
El camino a Tehuantepec es camino accidentado. Por todos los pueblos por los que se atraviesa, las mujeres gordas, bien plantadas y de faldones largos ofrecen toda clase de dulces, aguas frescas, tlayudas, totopos y naranjas que despojan de la cáscara que sale como serpiente de un

filoso aparato manual. La voz de los oaxaqueños se escucha más cantada a medida que el viajero se aproxima al Istmo. En la plaza de Tehuantepec, los puestos exhiben prendas diversas como los vestidos de gala y los resplandores que coronarán las cabezas de las mujeres en la fiesta de las "Velas". Asimismo el oro brilla con el sol, hay pulseras, aretes, collares, pendientes, crucifijos, medallas, anillos, monedas grandes como los centenarios; uno logra imaginar lo que fue ese pueblo cuando en la antigüedad se adornaba con las joyas que fueron encontradas en una de las numerosas tumbas de Monte Albán.

La mayoría parece vestir para una fiesta porque sus faldones están bordados con grandes flores sobre fondo de terciopelo oscuro, de preferencia negro o vino. El valor del vestido es alto, pero "por aquí, todas lo tenemos", explica una mujer. "Así como es nuestro el oro desde que somos chicas, y así como nos educaron nuestros padres, educamos a nuestras hijas para que sigan la costumbre". A las tehuanas, decía Claudio Linati en su viaje a México en 1832, "la naturaleza les ha enseñado a valorizar lo más seductor de sus encantos, y mientras una gasa diestramente colocada no deja percibir sino la expresión de sus ojos y los contornos de su cara, una falda extremadamente estrecha, que no permite alargar el paso, aprieta sus caderas, y deja ver una figura esbelta y una pierna bien formada".

Varias edificaciones coloniales parecen a punto de venirse abajo y los alrededores son miserables, pero de cualquier forma, alguien explica que "todo el pueblo es alegre, por aquí siempre hay fiestas, todo el año se celebra algo, los santos de los trece barrios y los domingos hay cuando menos una boda". En Juchitán de las Flores destaca su río y la iglesia del santo que fue secuestrado, San Vicente Ferrer, y que apareció muchos años después. A las mujeres juchitecas se les asocia con las fotografías de Graciela Iturbide, con los cabellos largos y grifos, levantados por el viento. El ambiente es el de ese paraíso perdido poblado de animales fantásticos, insectos y anfibios alucinantes, recreado en las pinturas terrosas de Francisco Toledo.

De allí a Valle Nacional median no solamente cientos de kilómetros, sino también es la frontera con la historia de la intolerancia y del racismo porque es una región a donde fue desplazada población indígena, probables des-



cendientes de yaquis y mayos, como lo documentó John Kenneth Turner en sus viajes en 1908 y 1909, denunciando la esclavitud y el peonaje como parte integral del sistema porfirista. Y cuenta que Díaz era tan despiadado que siendo niño "...enojado con su hermano por algún hecho trivial, le puso pólvora en la nariz mientras dormía y le prendió fuego. Desde entonces se le llama a Félix el Chato Díaz".

De San Martín Tilcajete ha salido la industria de los alebrijes, con un variado repertorio que se ha enriquecido con el tiempo. Junto a los animales como el venado, la tortuga, el caballo, el lagarto, el puercoespín, el armadillo, la jirafa, la cebra, el perro, los pájaros y los insectos, ha surgido cualquier animal realizado en posibles combinaciones, tantas como los sueños y, a veces, pesadillas de los artesanos: dragones con alas y patas de caballo, alacranes con ojos saltones de cangrejos, hienas clonadas de dos cabezas, peces alados. Se unen, además, dos, tres o más animales para formar uno solo como si Noé hubiera podido dar cabida en su arca no sólo a los animales creados por Dios sino a los que el hombre ha inventado. Pero en un pueblo tan religioso ni esa artesanía ha podido conservarse pagana y abundan los ángeles y las imágenes de vírgenes entre las que destaca la de Guadalupe de ojos bizcos y destellos semejantes a las protuberancias del puercoespín. El color es un componente esencial y cambiante, según las modas: las mezclas de colores pastel son las más frecuentes, pero también hay combinaciones chillantes y poco esperadas, como abejas rojas y amarillas que liban la miel sobre un nopal verde bandera con frutos solferinos.

En los patios de las casas de Teotitlán del Valle se tienden al sol grandes madejas de lana que han sido sometidas al proceso de coloración, utilizando la cochinilla —el famoso producto que enriqueció a la provincia durante el siglo XVIII— y la caracola que se encuentra en el mar, conocida también en Fenicia; o usando las anilinas más baratas que dan los matices del amarillo al rojo y al púrpura, o del azul al verde para hilar sus famosos cobertores, sarapes, cojines y lienzos que simplemente adornarán la pared de alguna casa interesada en tener un diseño original o contar con una apreciable reproducción de Picasso, Tamayo o Miró.

El color de la tierra

En Ocotlán las más hermosas y sofisticadas piezas de barro salen de las manos de ingeniosos artesanos, muchos de ellos anónimos y no tanto. Un San Francisco es vestido con rostros de pequeños serafines alados, una Virgen de la Soledad con su capa negra adornada de minúsculos soles dorados, San Isidro el labrador es arrastrado por dos acémilas con canastas donde cargan todos los productos de la tierra; los Santos Reyes montan sobre inusitadas formas de animales que parecen caballos, camellos o elefantes; un Dios Creador con el azul del infinito es rodeado por pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento, no importa si conviven la muerte de Abel, la Torre de Babel y la Pasión de Cristo, según la concepción de Juan Valencia, cuyo quehacer fue reconocido por el mismísimo Rufino Tamayo. Y aunque lo sacro predomina, lo mundano hace acto de presencia con diablos mezclados con ángeles o de plano presencias satánicas que han logrado fundir a una mujer en el interior de un pez entre cuyas fauces asoma su cabeza.

Los colores son allí definitorios para todos los artesanos, como si su misterio hubiese sido develado a los habitantes de ese poblado. Por algo es la tierra de Rodolfo Morales y la imposibilidad de saber qué fue primero, si el palacio municipal azul y amarillo flotando sobre jardines de flores anaranjadas o rosadas y el cielo poblado de ángeles de tez oscura sosteniendo la bandera nacional, o las pinturas que imaginó en su cabeza y salieron de sus manos.

El barro se esparce por el piso secándose con el calor del sol. Hay generalmente un techado y a la sombra un hombre sentado en un banco alto que hace girar un torno con una cantidad de barro crudo y, aprisionándolo con manos ágiles, le va dando la forma que ha prefigurado. Para la tarea se requiere emplear todo el cuerpo y la mayor dedicación posible porque quien lo hace no pestañea, concentrado como está en una tarea necesaria. De esas manos salen formas diversas como vasos, platos, floreros, figuras humanas y animales que las mujeres y niños de la familia llevan al horno ya preparado porque debe encenderse desde la noche anterior. Varios objetos conservarán el color ocre o negro del barro, pero otros serán revestidos con esmalte verde o con otro color o colores que luego llenarán los puestos en los mercados para ofrecerse a los interesados.



Tampoco se puede eludir la artesanía de latón que ha logrado piezas de gran calidad artística que resplandece con la luz del sol o con luces artificiales que se proyectan en todos los frutos posibles: granadas de rojo vivo, uvas de morado subido, caña verde, manzana y rebanadas de sandía; pero las figuras humanas y animales también hacen su aparición, caballitos con ruedas y balancín, soldaditos empuñando una espada o con rifle en ristre, leones aureoleados, mariposas de alas movientes, barcos que no flotan, marcos de espejos recreando en sus diseños el barroco antiguo y cajas para todos los usos. De nuevo, no puede eludirse el arraigado sentimiento religioso en un Jesús con presentimientos en el Huerto de los olivos, otra Virgen de Guadalupe mirando con conmiseración a un Juan Diego arrodillado, una cruz realzada con el rostro coronado de espinas de Cristo y en lo alto la paloma del Espíritu Santo.

También en invierno brilla el sol

Si se me preguntara sobre el mejor tiempo para visitar Oaxaca, diría que en invierno porque, como dice Lawrence: "Brilla el sol; claro, siempre brilla en invierno" y porque la fiesta es interminable. Comienza con las vísperas y novenarios a la virgen de La Soledad que se celebra el 18 de diciembre. Desde el 16 las procesiones llevan calendas y farolas iluminadas, las recargadas velas escamadas, acompañadas por una banda y por los cueteros tradicionales. El 23 es la noche de los rábanos, donde pueblos y barrios compiten por realizar la mejor representación artística a base de esculpir los bien criados tubérculos. Hay nacimientos donde no falta ni San José ni la Virgen María ni el niño Jesús, pero tampoco los ángeles, los pastores y toda la fauna de la ocasión. También, en esa fiesta con algo de pagano, las flores siemprevivas se utilizan para realizar albas palomas y arreglos florales que recuerdan los de la Guelaguetza.

"Declina el día. Anochece. ¿Cómo desperdiciar la visión de esta asombrosa noche de Oaxaca en que parece que cada lucero es un clavo que va a retenerla para siempre?", cuenta Henestrosa. Entonces el centro es una fiesta, juegos mecánicos con luces brillantes, numerosos puestos de buñuelos cuyo tazón debe romperse contra el piso para que se cumplan los buenos deseos en el próximo año. En el atrio de La Soledad los paseantes se detienen a saborear las nieves de pétalos de rosa, de nopal, de elote, de tuna, de leche quemada y todas las esencias de las frutas locales. Mujeres por todas partes, unas ofrecen claveles rojos, y olorosos ramos de jazmines de Huayapan, otras globos, aquellas fríen tacos y enchiladas, o tortillas rellenas de mole rojo o amarillo y del insustituible quesillo oaxaqueño. Los niños venden ramitos de gardenias y los jóvenes panes bañados en azúcar pintada de rojo o turrones blancos salpicados de colores. Alguien grita la lotería con gran ingenio y la banda de música, encaramada sobre el quiosco que sustituyó el morisco de la época porfirista, toca marchas militares o aires de la Mixteca y la infaltable "Dios nunca muere", cuya letra conocí tejida en el rebozo de franjas de colores con el que se cubría mi madre.

Oaxaca es muchas cosas, pero ante todo vida, luz, historia y sortilegio del cual ningún visitante del pasado o del presente ha logrado escapar. ✽